

## FRANCISCO AYALA

**Autora:** Eva Díaz Pérez

### LAS MEMORIAS DE UN VIAJERO DEL MUNDO

Más allá de las fotografías oficiales y felices, los congresos académicos, los descargos de los políticos y mediocres, hay un Ayala sorprendido y perplejo por celebrar su centenario. Es consciente de que todos han muerto, que sus amigos son fantasmas olvidados que él se esfuerza por rescatar en sus memorias. Sus amigos son también estatuas en bronce, seres lejanísimos y como de piedra. Ayala ha paseado y ha escrito su siglo y es uno de los símbolos del exilio, aunque en realidad sea un exiliado diferente, heterodoxo, un desterrado que se sale del arquetipo de estos nostálgicos a los que les robaron la tierra y su lugar en la Historia. Francisco Ayala es un viajero del mundo, un ciudadano de todos los países. También un expulsado que felizmente recuperó lo perdido.

¿Para quién escribimos nosotros?, se preguntó una vez Francisco Ayala. Puede que ésa sea la gran pregunta de los exiliados, la cuestión fundamental y terrible, la clave de todas sus vidas. ¿Para quién escribimos nosotros? Los exiliados son como almas en pena cuya única salvación es el tiempo; que el tiempo haga justicia y les devuelva su vida arrebatada; que el tiempo ponga las cosas en su sitio y a sus obras en los anaqueles, leídas por sus contemporáneos. Pero ¿quién leyó a los exiliados? ¿Dónde están sus libros? Ni los leyeron los españoles secuestrados por la dictadura del olvido –sus lectores naturales– ni los leyeron los habitantes de sus patrias prestadas a los que probablemente no les importaban estos *refugíberos*, gallegos, desterrados que hablaban de guerras tan lejanas.

Sin embargo, de esta generación de malditos hay algunos que se salvaron de la desmemoria. El tiempo les hizo justicia y ahora pasean por los manuales de literatura, incorporados con naturalidad a la Historia oficial. Uno de ellos es Ayala, exiliado insólito, diferente, que regresó en los años sesenta y del que este año se celebra su centenario.

El exilio de Francisco Ayala es la historia de un eterno viaje, un camino sin descanso: Cuba, Argentina, Brasil, Puerto Rico, Estados Unidos y regreso a Granada, su ciudad natal. «Aunque sólo he pasado en Granada mis primeros 16 años, siento que soy muy radicalmente granadino en la rara mezcla de despego y nostalgia que compone mi actitud hacia la ciudad donde nací», confiesa en *Recuerdos y olvidos*, su libro de memorias ahora rescatado por Alianza.

Hay un episodio hermosamente trágico del regreso de Ayala a Granada en el que busca, indagando en los rincones de su memoria, la que fue su casa. Lugares desaparecidos, intuiciones, ruinas y personajes que se aparecen perdidos en el tiempo conforman la extraña atmósfera de este regreso al número 18 de la calle de San Miguel Baja.

Es verdad que el exilio de Ayala es, como todos los exilios, una página dolorosa. En cierta ocasión, ha relatado la pregunta ingenua de un joven que le cuestiona por qué abandonó España al concluir la guerra. «Hombre, porque quería seguir viviendo», fue mi respuesta. «¡Cómo! ¿A usted, señor Ayala?» No podía creerlo. ¡Bendita inocencia, la de los nacidos durante los 25 años de paz!».

Sin embargo, Ayala no es un exiliado al uso, un ser arrancado del tiempo, un rehén del pasado. No existe ese mundo de estatuas demolidas, de relojes parados, de vidas convertidas en salas de espera, de obras muertas antes de haber nacido o como decía Bergamín: «Vivimos y esperamos».

Ayala es, sobre todo, un viajero del mundo, circunstancial a causa de su exilio, un ciudadano del mundo, un viajero que habría terminado siéndolo de todos modos. En su biografía no se halla esa pesadumbre que habita en las vidas de los desterrados: el desarraigo, la memoria-invernadero, la contranostalgia, el desexilio, el destiempo, ni siquiera las historias épicas protagonizadas por estos expulsados de la Historia.

Sus memorias son un venero tranquilo, sereno en el que ni siquiera ajusta cuentas con el tiempo. Nada que ver con los memoriales de Max Aub —el otro gran exiliado—, enfurecido con su condición de arrojado. «Para mí —como para cuantos a lo largo de la Historia lo han sufrido— el exilio implicaba nada menos que la necesidad de improvisar una manera por completo nueva de hallarme instalado en el mundo. (...) Yo me he esforzado por desdramatizar mi exilio; pero, después de todo, perder cuanto uno posee para verse despojado de su propia historia personal y lanzado hacia un futuro incierto, un viaje hacia lo desconocido, no deja de ser una experiencia donde la metáfora adquiere tremenda realidad».

Y eso es su vida: una gran metáfora estampada en postales del mundo. La primera imagen será la de Cuba, a la que llega en un mercante inglés. Ya estaba seducido por su idea de Cuba, nutrida por ciertos cuentos de la infancia. «Se pintaba en mi mente esa imagen como una ampliación gloriosa de mi natal Andalucía, suscitada tal vez por conversaciones y relatos que apenas recuerdo, por las habaneras que había oído tocar al piano o cantar, por las cajas de cigarrillos cuyas satinadas etiquetas de colores vivos admiraba y acariciaba incansablemente».

Luego llegarán Valparaíso, Santiago y, por fin, Buenos Aires. La casa de los Ayala —estaba casado con Etelvina Silva y ya había tenido a su hija Nina— estará en la calle Defensa, cerca de la Plaza de Mayo, frente a la iglesia de Santo Domingo. Luego, tras volver de Brasil —donde permanecerá algún tiempo—, residirán en un departamento al extremo de la ciudad, en la calle de Lafinur.

El exilio bonaerense de Ayala se desarrollará, sobre todo, en los cafés de la Avenida de Mayo —convertidos en una especie de calle de Alcalá transplantada al otro lado del mundo—, en El Español o El Tortoní. Precisamente, este fin de semana, se ha descubierto una placa en recuerdo a los exiliados en la intersección de la Avenida de Mayo y la calle Salta, donde se encuentra situado el Bar Iberia, lugar de encuentro de los desterrados republicanos.

### **Con Borges**

Otro lugar de reunión de la colonia de exiliados fue la quinta de San Isidro, donde vivía Victoria Ocampo. Allí es donde Ayala se reencuentra con Borges, convertido en una especie de dios literario. Ya se habían conocido en Chicago y ahora Borges lo reconoce por la voz, donde cree encontrar sus viejos recuerdos andaluces. «Hablamos de Córdoba —de la Córdoba andaluza, y también de la Córdoba argentina en cuyas sierras hubimos de coincidir un verano—; hablamos de Sevilla, de Granada. Me dijo que el año anterior había estado en Granada, y que allí escribió un poema titulado *Alhambra*. (...) Pasamos a hablar luego del

Buenos Aires convivido antaño por nosotros, del barrio Sur, donde yo vivía y por donde tanto hemos paseado juntos... Estábamos sentados charlando al lado de una mesita enana, y de continuo se le acercaban unos y otros; llegaban para besar al santo».

Pero aquellas reuniones también pasarán. Sin embargo, en octubre de 1948 recordarán los tiempos perdidos con motivo del cumpleaños de Norah Lange, casada con Oliverio Girondo. Lo recordará en el artículo titulado *El tango de ayer*: «Allí estábamos de nuevo: Norah Lange se ha encaramado como siempre a una silla para leer el mismo humorístico discurso que, por supuesto, hemos aplaudido con risotadas; y luego se ha puesto a bailar con Oliverio, todo barba y quiebros, caballero en el busto, malevo en las piernas, un tango compadrón, con muchos cortes, como siempre».

### **TRADUCIENDO A RILKE CON LA MÁQUINA “ERIKA”**

La obra de Ayala en el exilio comienza con *Diálogo de los muertos*, una de sus piezas más sombrías y desasosegantes, un texto revelador, certero literariamente y que, como la mayor parte de su obra, comparte brillantez poética y pensamiento. No abusa de la metáfora, ni se detiene en la prosa rebuscada. A veces es incluso lacónico, de prosa cristalina que busca la pieza ensayística al mismo tiempo que la fabulación literaria.

*Diálogo de los muertos* se publica en la revista *Sur* en 1939 y a este texto seguirá un amplísimo corpus literario desde *Los usurpadores* a *El jardín de las delicias*.

Durante sus años de destierro, acompañará al escritor un objeto convertido en elemento de supervivencia: una máquina portátil alemana marca Erika. Con ella comenzará su labor de traducción para la editorial argentina Losada que se inicia con *Die Aufzeichnungen des Malte Laurids Brigge*, de Rilke, por cien pesos. «Era la mitad de lo que mensualmente me costaba el alquiler del modesto apartamento donde nos habíamos instalado».

Ayala confiesa las dificultades con las que se encontraron los exiliados. «Los emigrados (por lo menos los emigrados al continente americano) alcanzaron pronto en su mayoría un nivel de vida superior al que habían tenido antes de la guerra. Sólo unos cuantos, debido a nuestra peculiar profesión, vinimos a menos con el cambio de meridiano. Recuerdo, y es también un ejemplo, la silenciosa y alegre dignidad con que el general Jurado hubo de servir como agrimensor en el campo uruguayo».

### **Escribir su siglo**

Lo sorprendente y fascinante de Ayala es que ha escrito su siglo. Ha intentado atraparlo en sus libros, en sus memorias o en esas estampas en las que apunta detalles cotidianos, pequeños asuntos de los lugares en los que ha vivido o ha visitado. Del Buenos Aires de su primer exilio recuerda las palomas de las cornisas y las ratas de una ciudad hermosamente sórdida. En Nueva York, sonríe ante el parecido entre la fiesta de Halloween y una fiesta infantil de Granada, el «cierra la vieja» en la que se amenazaba a incautas ancianas con una alternativa semejante a la de la fiesta norteamericana, el *treat or trick*, regalo o trastada.

«En la Cruz de mayo salíamos armados de espada de madera e improvisados arreos militares para acorralar a cuanta vieja —esto es, bruja— hallábamos en la calle y exigirle el rescate de una moneda», escribe.

(Publicado en *El Mundo* el 30 de octubre de 2006)

---

### **Biografía de Francisco Ayala proporcionada por la Fundación Francisco Ayala:**

Francisco Ayala nació en Granada en 1906. Cursó la licenciatura en Derecho y, tras ampliar sus estudios en Berlín, enseñó en la Universidad Central de Madrid e ingresó en el cuerpo de Oficiales Letrados del Congreso. Se encontraba en una gira de conferencias por Hispanoamérica cuando se produjo el alzamiento militar de 1936; Ayala volvió a España de inmediato y se puso al servicio del gobierno legítimo. En 1939, derrotada la República, partió a un largo exilio durante el cual compaginó tareas periodísticas y editoriales con la docencia, como profesor de Sociología y de Literatura, en universidades de Argentina, Brasil, Puerto Rico y Estados Unidos. No volvió a pisar España hasta 1960; en 1976 regresó definitivamente y se instaló en Madrid. En 1984 fue elegido miembro de la Real Academia Española, y ha sido reconocido, entre otros, con los premios Cervantes y Príncipe de Asturias de las Letras.

La labor intelectual y creadora de Francisco Ayala como narrador, ensayista, crítico o memorialista se ha desarrollado durante todo el siglo XX hasta adentrarse en el XXI. Desde la década de 1920, cuando publicó sus primeros escritos, Ayala ha construido una obra compleja, variada, compuesta en una prosa rica y precisa, rigurosa pero sazónada con ironía. Algunos de los libros más importantes de la literatura española contemporánea han salido de la estilografía de Ayala (*Los usurpadores*, 1949; *Muertes de perro*, 1958), de su máquina de escribir (*El jardín de las delicias*, 1971, premio de la Crítica; *Recuerdos y olvidos*, premio Nacional de Literatura en 1983) y, últimamente, de su ordenador (*De toda la vida*, 2006).